IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: TACUARÍ, 900

ALBERTO GHIRALDO
DIRECTOR

Año VI • BUENOS AIRES, ABRIL 8 DE 1915 • Número 124

LAS ÚLTIMAS TUMBAS

CeDInCI

Sumario

I - Las últimas tumbas. Lorenzo-Tarrida. Idea de un homenaje a Juan Creaghe; *T. Antilli.*

II — Nuestro teatro. Compañía dramática argentina. Homenaje a Nicolás Granada. Discurso de Enrique García Velloso.

III — Los extásis; *C. Martínez Paiva.*

IV — París y la guerra. El desdén de América; *Luis Bonafoux.*

V — Alemania debe ser vencida. Las causas de la guerra; *Juan E. Carulla.*

VI — El divorcio. El divorcio como fenómeno moral y biológico; *Simón Scheimberg.*

VII — La muerta (Cuento); *Delio Morales.*

blar en el rigor de una fiebre poderosa, se tumbó en la cama, para no levantarse más. La viruela negra, hemorrágica y mortal, inflamó sus carnes, que se cubrieron de pápulas devastadoras. Las noches interminables, rasgadas por la queja lacerante de la carne y el grito espantable del espíritu calcinado en las hornallas del delirio, volvieron. Aterrados, como vagos fantasmas envueltos en brumas hopalandas, rondaron la habitación vedada por el contagio, el padre y los hermanos, impotentes para ahuyentar el mal, apesadumbrados en su hombruna rudeza que no les permitía llorar. Y Justina, la hermana libertadora, con férrea voluntad de sacrificio, se acercó a la enferma, dispuesta a salvarla, según a ella la había salvado. Y allí, sentada en una silla, permaneció por días inacabables, con su cara mellada por las cicatrices, inmóvil y silenciosa como una momia.

La hermana se iba, moríase poco a poco, sin aire y sin luz, con el rostro deforme y monstruoso, cubierto por la llaga viva de todas las pústulas unidas en confluencia; y como si la idea de la muerte se hubiese clavado en su corazón, se encogía, replegándose en sí misma, hasta unir la cabeza con las rodillas, tal que si intentara con el calor de todo su cuerpo rechazar la caricia fría y mortal que ya la envolvía, aletargándola.

Avisado el padrino, trajo consigo a una vieja curandera, flaca y espigada, que diagnosticó, con la autoridad de sus anteojos temblantes en la curva nariz, el momento cercano de morir. Esa misma noche Ramona dejó de gritar, cayendo en un sopor de agonía. Y en un momento de lucidez, entreviendo a través de los párpados rojizos a los seres queridos, que la miraban en silencio, encontró en todas las caras una piedad tan infinita, un dolor tan resignado, que la seguridad de la pronta agonía repercutió en sus fibras con un sacudimiento mortal. Se encogió más, hasta hacer de su cuerpo un ovillo. Y al amanecer, cuando Justina, despertando, quiso hablarla, la encontró en medio de jergón, fría, inmóvil, extrañamente enroscada.

En la penumbra de la habitación, el padre y los hijos y el padrino, lloraban; lloraban al fin, vencido su orgullo por el dolor. Justina, quieta en la silla de su inútil socorro, callaba, pegados los labios en mudez trágica.

Las miradas, empañadas por el llanto, caían todas sobre el cuerpo de la muerta, que, rígido, permanecía en el mismo sitio y en la misma extravagante postura en que la sorprendiera la Implacable. Pero nadie osó tocar el cadáver. Un terror sagrado lo hacía intangible. Y así pasaron las horas: indecisos, presa de cruel expectación los hombres, callada y sombría, Justina,... tirada en el jergón la muerta, con la máscara de su cara mordida por el mal y el horror de sus carnes túmidas, de una palidez verdosa orlada por círculos morados. En la estancia vagaba, perezoso y letal, un halo de superstición y agorería.

Como si despertase de un sueño agobiante, el padrino habló.

Dijo el hermano mayor:

—Está muerta y hay que enterrarla.

—La muchacha no huele bien.

Y extremecióse la barba del padre.

—Así sea.

Y se retiraron, graves en la pena, altivos en la resignación. Custodia dramática, la hermana salvada, no se movió de la silla, quedando allí, inconsciente de su heroísmo, como sonámbula. A la tarde llegó el enterrador. Tras él, cargaba el aprendiz un largo ataúd. Entraron en la estancia guiados por el padrino, y, los tres a una, tapáronse la boca y las fosas nasales. Un vaho hediondo, agrio, casi corpóreo, les azotó el rostro. Avanzó el fúnebre visitante, y rápido, juzgando el cadáver pudo advertir:

—Está podre. He de llevármelo pronto si no quieren enfermar todos...

Las palabras sonaron, rasgadas y crueles, como el grito de un gavilán. Y de súbito, como una invicta Medusa, fantástica y enloquecida, se levantó la hermana, y con las greñas agitadas y los ojos desorbitados, aulló la suprema demencia de su dolor:

—Nadie la toque, nadie la robe. Llévenme a mí, y no a ella.

Acudió el padre y después los hermanos y pudieron arrancarla de allí... Quedaron luego solos el padrino y el enterrador y el aprendiz. Y mirando a la muerta, el padrino dijo:

—También ella padeció...

Y el otro, torvo y lacónico, triscando las palabras:

—Vaya, murió enroscada... y huele mal. Aquí está el cajón, esperando, y es bueno meterla en él, y pronto en la tierra.

Y prestamente, ayudado por el aprendiz, que acercóse resuelto, levantó de la cama el cuerpo llagado y entre los dos probaron a encajarlo en el ataúd.

Fué imposible. La carne endurecida defendía la rigidez de los miembros, y aquel cuerpo enroscado, frío en la anquilosis de todas las articulaciones, figuraba un mito vencido que durmiese su sueño de piedra. Con el pañuelo en los dientes ,evitando el tufo traidor, jadeaban los dos, sudorosos, buscando el modo de encerrar la materia envilecida. Y el cadáver en sus manos, contrahecho y deforme, parecía revivir, rebelándose a entrar en el cajón piadoso.

El padrino observaba, afligido y estoico.

—Se cansa el maestro... Parece.

Amainó en su afán el enterrador, y molesto, expuso con aspereza, casi colérico:

—Siempre lo mismo. Se acurruca la gente cuando va a morir. Y es inútil, que Ella tiene un brazo muy largo y siempre nos alcanza.

El mozo, aburrido de lidiar con la caja, se plantó y dijo displicente:

—Está hecha un pellejo y no entra. Quedan afuera los brazos y una pierna.

—Aparta y déjame, que todo tiene remedio...

Y aquel hombre violento y sombrío, empezó a forcejear sobre el cajón, apuñando el cuerpo fieramente. De costado el cadáver, quedaban entre las tablas la pierna y un brazo; pero el otro brazo, a pesar de los sabios esfuerzos hechos, sobresalía afuera, duro y recto, amenazante.

Hubo una pausa de suprema ansiedad en que se percibió, claramente, la respiración de los tres hombres, alterada y silbadora. Crugió en las maderas el ruido de las carcomas; lejana, gimió la desesperación amarga de la hermana Justina; una ráfaga de aire colóse por la puerta, soplando en los espíritus una horrible impresión de espanto y barbarie.

El enterrador habló:

—Sobra este brazo; mas todo se arregla.

Y lentamente, seguro de su gesto, con serena crueldad, tomó del suelo el hacha sacrílega, y alzándola bien en lo alto ante los ojos estupefactos del padrino, que aterrado no pudo moverse, ni pudo gritar, la dejó caer recta, filosa, tajante, sobre la carne tersa y endurecida.

En la pálida piel, con la vieja palidez del yeso húmedo, la hendidura se abrió, como una boca exangüe, cubriendo de puntas moradas la curva sedosa del hombro castigado.

Delio Morales.

Dr. JUAN E. CARULLA LIMA 630 • BUENOS AIRES
Consultas: de 1 a 4 p. m. - U. T. 365, Libertad

Año VI Buenos Aires, Abril 8 de 1915 Núm. 124

IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

OFICINAS: TACUARÍ, 900

ALBERTO GHIRALDO
DIRECTOR

Las últimas tumbas

Lorenzo - Tarrida

Idea de un homenaje a Juan Creaghe

Después de Anselmo Lorenzo, Tarrida: dos que caen en poco tiempo segados por la cuchilla de la muerte... Ambos sorprendidos en medio de la faena, con la alforja todavía llena de los frutos de la vida, no nos parecía que tan pronto habían de morir: contábamos con ellos como con el roble fuerte; la muerte, sin embargo, nos ha desengañado... Los anarquistas de la primera hora, y de la segunda, van desapareciendo. De Reclus a Gori, a Barrett, a Florencio Sánchez, a Anselmo Lorenzo y a Tarrida, cuántos que fueron realidad y vida de nuestros ideales han caído! Y contemos todavía a Luisa Michel, a Salvoechea, a Bakounine y a Caffiero; y contemos a los que solo han iluminado con un relámpago fugaz y a los que han caído como el grano anónimo, y a los que sobresaldrán de una época por su sinceridad y su martirio, como Ferrer! Crueles claros se han abierto en nuestras filas, allí donde el fruto era más precioso... Nos quedamos en una gran soledad los vivos. Estas presencias que acompañaban, como la de un hermano o de una hermana mayor, sólo son ya un recuerdo en el corazón...

¿Qué duda hay? Hemos querido mucho a los que tenían en sus labios la palabra de vida. En vez de leerlos en sus libros, resplandecientes de humanidad, de fraternidad ¿qué no hubiéramos dado por abrevar en la fuente viva? Cuando se lee a Reclus y a Gori, se piensa íntimamente que hombres así no debían desaparecer. Eso que les quedó por decir, como a Barrett con la pluma rota, y que debía ser lo más humano y lo más bello, es lo que más hubiéramos deseado conocer. La muerte selló sus bocas, que al presente, llenas de tierra, albergan tal vez una pequeña plantita: este es el sello que hubiéramos deseado violentar; pero es inútil, la muerte cae sobre los robles y los castaños para asegurar la renovación: ni aun el río más caudaloso debe inmovilizarse, ni la montaña más alta debe permanecer siempre de pie... ¡Ave renovación! Tus decretos son siempre sabios y verdaderos; no eres injusta con nadie, dejas siempre el jardín limpio para lo mejor...

Los viejos, lo maduro ya, se va; los nuevos no hemos alcanzado a llenar el puesto de los viejos, que sobresalieron principalmente en la ciencia, tuvieron una vida sencilla, usaron una pluma griega para decir abundantemente cosas llenas, en páginas todas escritas en relieve, donde no hay una encrucijada ni una sombra, y la mano segura no ha vacilado una sola vez, y a todos se impusieron por su hermoso panteísmo de la Naturaleza, en Reclus, sobre todo, no igualado por nadie todavía... Frente a esto nos acosa la idea de una gran esterilidad: al hermoso panteísmo de los primeros anarquistas, franco y afirmativo como la vida, iluminado por un claro y riente rayo de sol, nuestra conciencia oprimida ha sustituído innumerables íncubos y súcubos que nos hacen mirar por un lente estrecho; en vez de griegos somos hiperbóreos o germánicos; en vez de esa claridad meridiana, a nuestro espíritu agrada la bruma de una borrachera de cerveza y tiene el gusto torpe de lo que pesa como plomo. Queremos un solo Dios, pero un Dios judaico o ismaelita, cruel, sanguinario y vengativo; un Dios que agrade de los bailes de oso, y abomine, gruña, se irrite y zarpee lo que vuela como pluma... ¡No más panteísmo! Sin embargo, entre lo que no ha madurado todavía, madurará lo que ha de reocupar el puesto de los viejos; lo que ha de devolvernos nuestro rayo de sol, nuestro panteísmo. Pero contando los caídos y los que caen ..... y no son sustituídos, la idea de nuestra esterilidad actual se hace desoladora...

¿Por qué, después de enterrar nuestros muertos, no nos volvemos a un vivo, a un vivo de la vieja generación, y testimoniamos en él el agradecimiento y el recuerdo de lo que aquella generación ha hecho? Tenemos aquí a un anarquista de la primera hora, e injustamente lo tenemos arrinconado: Juan Creaghe. Pues bien: reuníos un día todos los compañeros, id y conducidle a un salón, hacedle que nos hable de los muertos, rodeadle como los retoños jóvenes al árbol viejo, decidle que le queremos y hemos querido mucho a los que fueron sus compañeros y hoy, muertos, son nuestros muertos; vivid y haced vivir una hora de aquel anarquismo radiante al buen viejo, envejecido queriendo lo que nosotros hemos aprendido a querer, que solo sabrá llorar y abrazaros conmovido... ¡Caramba! No tenemos necesidad de sofocar los sentimientos cuando nacen expontáneos: debemos dar va un puntapié a esa pudibundez ridícula que nos fuerza a ser hipócritas para aparecer independientes. Lo que se ama debe no sólo manifestarse, sino gritarse; que se revuelcan los privados de nuestro cariño. No hay curvatura alguna en el homenaje a aquel que creemos digno; no hay razón para que nos privemos de hacer esta justicia.

La idea queda lanzada; pero mi palabra no es suficiente: que hablen los demás compañeros...

T. Antilli.

Nuestro teatro

Compañía dramática Argentina - Homenaje a Nicolás Granada

Discurso de Enrique García Velloso

La Sociedad de Autores, teniendo en cuenta los vínculos que en cierto momento me unieron a Nicolás Granada, ha resuelto que sea yo quien haga esta noche el elogio del ilustre escritor desaparecido. Para cumplir tan honrosa misión, he de valerme simplemente de algunos recuerdos personales que he de evocar con una profunda tristeza, ya que ellos pertenecen a una época en que, libre de inquietudes y de zozobras, las ilusiones de la vida ascendían en el rayo de un sol que aún veía muy distante su meridiano.

Conocí a Granada en el camarín de Bonifacio Pinedo. Quizás el nombre de este gran actor sea totalmente ignorado de la mayoría de los que me escuchan. Era Pinedo uno de esos artistas que interesan más en la intimidad que en el proscenio. Poeta, músico, dibujante, conversador eximio, hombre de mundo, vino a Buenos Aires al frente de la compañía de género chico más completa que haya aplaudido nuestro público. Su cuarto del teatro Victoria congregaba todas las noches a un grupo de amigos que le habían conocido en Madrid o en París, como Marcelo Alvear, el contralmirante Solier, Calixto Oyuela, Emilio Onrubia, Rubén Darío, Antonino Lamberti y Enrique Freixas, para no nombrar más que a los principales. Yo era uno de los asiduos de la tertulia, que solíamos prolongar en la suntuosa cuanto lúgubre "rotiserie" de Georges Mercier, cerrada para siempre al final de aquel invierno. En el amplio salón, frío entre la gloria de sus espejos inmensos y su artesonado rastacuero, frente a las cómicas, que denunciaban a su pesar el terrible maquillage de las tablas en la conjunción de la luz de los mecheros de gas, con el primer rayo de la aurora que entraba por las vidrieras de la calle Florida, Granada parecía incansable en su charla anecdótica. Siempre más juvenil que todos los del ágape, aún tenía humor para dar un paseo matinal por Palermo y llegar al "Diario", vestido de frac, a escribir la crítica de teatros, que compartía con Barreiro.

Por aquellos días, Leopoldo Lugones había asombrado a nuestra generación literaria e indignado a la anterior a nosotros, con "Las montañas del oro". Un ejemplar del libro del gran poeta a quien acababa de apellidar "formidable" Rubén Darío, pasó de mis manos a las de Bonifacio Pinedo. Yo trabajaba en aquel entonces en "El Tiempo", donde también escribía Lugones. Granada, excelente amigo del director, don Carlos Vega Belgrano, había exteriorizado sus protestas hacia aquella clase de literatura que lógicamente no podía comprender. Llegué al camarín de Pinedo en el momento en que Granada juraba con una violencia casi grotesta en contra de "Las montañas del oro". ¡Veo el cuadro y me parece estar oyendo a don Nicolás! Matilde Pretel, vestida de D'Artagnan; Pinedo, de Aramis; el bajo Segura, de Athos, ponían una nota de contraste entre los contertulios, vestidos de frac o enfundados en sus gabanes ingleses. Con una audacia justificada por mi juventud, casi aniñada, insinué una defensa ditirámbica de la obra de Lugones. El traspunte cortó en seco mi discurso llamando a escena a los actores. La tertulia se deshizo al levantarse el telón y sólo quedamos en el camarín Granada y yo. Traté de reanudar la discusión, cuando el viejo escritor, echando una de aquellas carcajadas tan suyas, tan comunicativas, me dijo: "Yo no he leído esa obra... hablaba por hablar". Así conocí a Granada: oyendole hablar, por hablar; por la pasión de entretener, de cautivar a sus oyentes, improvisando, inventando cosas deliciosas e ingeniosas, haciendo malabares con las paradojas, cultivando las salidas de tono con una gracia inimitable. Desde aquella noche fuimos grandes amigos, grandes camaradas, en cosas graves o vanales, cual si tuviéramos la misma edad.

Pocas semanas después — y aquí el recuerdo de Granada se presenta en mi memoria en forma imborrable — volví a encontrarle en Montevideo.

Pinedo acababa de sufrir el gran dolor, el inenarrable dolor del abandono de su esposa. El escenario del viejo San Felipe tenía un aspecto conturbador. Al final del segundo acto, la traidora había fugado con un amante. El marido engañado tenía que seguir trabajando. Las risas del histrión debían resonar en el palco escénico ahogando en un supremo esfuerzo de la voluntad las lágrimas del hombre, el aullido terrible del padre inconsolable en su desolación... Cuando terminó el espectáculo, Pinedo se encerró en su camarín. Nadie se atrevió a llamarle. Samuel Blixen recomendó a todos que nos marchásemos. Sólo Granada se opuso a la deserción y forzando violentamente la puerta, entró. Sobre el "neceser" de los afeites, entre las pelucas y los crepés de la farsa de la farándula, estaba el revólver. Granada guardó el arma y habló... pero no por hablar, sino por consolar, por infundir esperanzas en aquella alma atribulada, avergonzada, humillada... ¡Cuánta maravilla dijo; cuánta elocuencia persuasiva, tierna, profundamente humana y por ello mismo escéptica, vertió en aquel desborde verbal que nos conmovió a todos hasta hacernos arrasar los ojos en lágrimas... Y a pie... hablando siempre, ahuyentando la pena del pobre histrión, el alba nos sorprendió en Ramírez, junto a la playa rumorosa toda verde de esperanza.

En aquellos tiempos, Granada era rico, como lo fué tantas veces. Los billetes en sus manos resultaban cual agua en un cesto. No tenía la noción del dinero hasta que sufría las necesidades imperiosas de la vida material, que tan cruelmente le asaltaron en los últimos tiempos. Quizás, gracias a esas necesidades, la literatura rioplatense se enriqueció con las páginas más bellas de su rara facundia. He aquí un ejemplo y un recuerdo que afirma mi aserto.

Era el año de 1901. Después de una breve campaña en pro del teatro propio, realizada por Ezequiel Soria en el Victoria; después de reestrenar el "Ruí-Blas", de Hugo, traducido por Mitre, y de estrenar "Luz de luna y luz de incendio", de Martín Coronado, y "Entre el fuego", de Ezequiel Soria, tuvimos que cerrar el teatro Victoria por falta de público. Los hermanos Podestá, que a la sazón acababan de disolver el circo de la esquina Libertad y Tucumán, donde hoy se levanta la Escuela Roca, pasaron a trabajar a partido en el teatro Apolo, que después de la memorable temporada de los hermanos Aranaz, estaba convertido casi en tapera. José J. Podestá, resuelto a realizar la evolución progresiva del circo al teatro, solicitó nuestro concurso. Soria fué nombrado director de la compañía del Apolo y escribió "Política casera", una de las más admirables piezas del teatro nacional, que la generación presente desconoce en absoluto. Yo estrené enseguida, en circunstancias angustiosas, "Jesús Nazareno". El éxito de la temporada era extraordinario; sin precedentes, hasta el punto que el mismo Podestá resolvió hacerse empresario, suprimiendo las decenas a prorrateo. Una tarde, después del ensayo, estábamos reunidos en el camarín de Podestá, haciendo planes para el futuro. Se hablaba de la obra histórica de Roberto Payró, "Canción trágica", y de "La piedra de escándalo", que desde la noche de su lectura, en casa de Rafael Obligado, permanecía en uno de los cajones de la mesa de trabajo de mi casa paterna. El viejo poeta Coronado tenía por costumbre entregar la suerte de sus obras a la dirección de mi padre; él las llevaba al teatro, él las ensayaba. Tal ocurrió con "Cortar por lo más delgado", "Un soñador" y "Justicias de antaño", que mi padre llevó a las compañías de Mariano Galé. Estábamos, como he dicho, haciendo planes para el futuro, cuando nos anunciaron la presencia de don Nicolás Granada. Sensación. ¿Qué quería? Granada manifestó que nos traía una obra. Y sin perder tiempo desató las cuartillas, y mientras sorbía un mate, dijo: se llama "Al campo", tiene tres actos; es una comedia... Con aquella gracia criolla suya, riendo sus propios chistes, comentando epigramáticamente las acotaciones, leyó la deliciosa obra en medio del más extraordinario interés de todos sus oyentes. Cuando hubo terminado era la hora de la función, y en la tablilla de ensayo de esa noche apareció, con la magnífica caligrafía de Yupparo, el anuncio de su lectura a la compañía para la tarde siguiente. Salimos del teatro a comer, Soria, Granada y yo. Por el camino notamos que nuestra alegría por la bellísima adquisición que acabábamos de hacer no estaba en razón directa con la inquietud un poco triste de Granada... En la mesa, el viejo maestro nos dijo que estaba pobre, muy pobre... y que había escrito aquello apremiado por angustiosas necesidades... Pretender conjurar o atenuar una difícil situación económica con el producido de una obra en aquellos tiempos equivalía sencillamente a ignorar la forma en que se nos remuneraba a los autores. Era la época de los cinco pesos por acto; la época en que Soria permutaba todas sus zarzuelas criollas por un pasaje a Europa; en que yo enajenaba "Gabino el mayoral" por una suma que hoy me parecería ridícula percibir como tanto por ciento de una sola noche; en que Payró, avergonzado de recibir sesenta pesos por todas las representaciones de "Canción trágica", regalaba el producto a un portero del Apolo; era la época, en fin, en que todos vendieron sus producciones, a la espera de tiempos mejores, que doce años después llegaron merced a la revolución económica realizada por la Sociedad de Autores. Granada también vendió "Al campo" y todo cuanto por aquel entonces produjo. De nada le valieron al autor triunfante a quien hoy rendimos homenaje, que la sala del Apolo se transfigurara como por arte de encantamiento; de que el presidente Roca y sus ministros sancionaran con su presencia el éxito, determinando una corriente de público distinguido que hasta entonces no había favorecido sino fragmentariamente al arte dramático nacional. Granada, como Florencio Sánchez, al final de cuentas seguía debiendo siempre a las empresas...

"Al campo" marcó en nuestro teatro dos jalones: la selección del público, en cuanto al éxito social se refiere, y la transformación del intérprete que abandonó los arreos gauchos por la indumentaria ciudadana. Antes que Granada, ya otros autores habían hecho intentonas plausibles en ese sentido: Onrubia, Coronado, Saavedra, Mansilla, Quesada, Argerich, Della Costa, Gomara; pero ellas no interesaron al gran público. Fueron expresiones dramáticas de vida efímera que se representaron casi familiarmente. Es "Al campo" la primera producción que apasiona y sugiere el comentario de los círculos mundanos y populares. Después de esta obra, Granada no tuvo gran fortuna en sus estrenos sucesivos. Desde muy joven había cultivdo el teatro intermitentemente. A los veinte años estrenó en la Alegría, con Mansilla, un juguete cómico a beneficio de Rita Carbajo; luego hizo en Montevideo, para Andó, "Las flores del muerto", que aquí reestrenó modernizada con el nombre de "Nina"; en el extinguido coliseo de la Zarzuela representó "La bolsa verde", "Rigoletto en Carnaval" y "Juca-tigre"; en el Mayo "El Himno", que dedicó a la malograda Angeles Montilla, y sucesivamente dió a la publicidad "La estatua", "Bajo el parral" y "Minué Federal". Esta última fué su postrer gran éxito. Así como se preocupaba mucho de las obras suyas que aplaudía el público, se despreocupaba en absoluto de los fracasos, hasta el punto de burlarse donosamente de sus propios errores. De su filosofía admirable en ese sentido, tengo dos recuerdos: uno, la noche misma en que estrenó "El aviador", en el Nuevo, y otro el de la desgraciada reprisse de "La conferencia de la paz", en el Avenida. Después del estreno de la primera de las obras citadas, entró a mi cuarto de "La Nación" riéndose como un niño. Si se hubiera publicado la crónica taquigrafíada que hizo de su comedia y de los intérpretes, hoy tendríamos en el acervo intelectual de Granada una de las páginas más graciosas que se hayan podido hacer sobre el estreno de una obra.

Su trabajo verdaderamente medular, su producción realmente digna de figurar entre las más hermosas expresiones dramáticas de la literatura castellana del siglo XIX, es "Atahualpa", evocación perfecta de la corte incásica, trasunto fiel y exacto de aquel período maravilloso de la conquista de América; síntesis arqueológica de un monumento de la historia indiana; desborde poético en donde las metáforas se suceden con una rotundidad digna de las octavas de Ercilla y de las décimas y romances del siglo de oro. Granada poeta, periodista, dramaturgo, soldado, hombre de actividades multiformes, tuvo necesariamente que ser un espíritu fragmentario. Su existencia azarosa, llena de alzas y bajas, de esplendores y de miserias abrillantadas, de risas y de lágrimas, no conoció nunca la envidia ni la traición. Fué un amigo bueno, un compañero sincero, un filósofo necesario en ciertos instantes en que el desaliento nos asaltaba. Por eso, su recuerdo permanecerá indeleble en el corazón de los que conocieron su bello corazón. Por eso esta noche evoco yo su memoria, a impulsos de la más infinita ternura y en nombre de la Sociedad de Autores tejo la corona de laurel simbólico para la tumba del poeta que pasó por la vida riendo de todo, hasta de su propio dolor.

Trabajó enormemente, como un desgraciado que tuviera el sino de ganarse la subsistencia sin llegar nunca a las remuneraciones definitivas; holgó como un nabab que no necesitara pensar en el mañana; y en este contraste de luz y de sombras se hundió en la nada, dejándonos el eco crepitante de su alegría. Yo no podré olvidarle jamás. Y por sobre su obra, y sus bondades, y sus risas, le veré siempre, Demócrito frente a la playa del mar uruguayo, toda verde de esperanza, abrazando al pobre histrión a quien había reconciliado con la vida...

Enrique García Velloso.

Los extásis

Así, ritmo y palabra
libres: que los ojos compartan,—
y la boca sapiente
y el tacto bondadoso
y el oído severo y exigente
y el olfato galante y presuntuoso,—
lo que dicte a la mano nuestra mente
cuando en el corazón gima la pena,
el amor nos sonría
o el dolor nos remache la cadena
de la desilusión pesada y fría.

Que el metro se lo guarde quien trabaje en maderas;
yo no quiero medidas, sino música propia.
Canta, buen corazón, dí lo que quieras:
inspírate en ti mismo y dá tu trino,
que quien no canta así, no canta, copia
o sigue como el buey por el camino
de pisadas borrosas y hondas huellas
bajo días sin sol, y noches sin estrellas.

La originalidad, si me preocupa
es por la novedad, que bien aprecio:

mas antes de embarcarme en nave extraña
prefiero naufragar en mi chalupa,
hundirme en mi desprecio
o gemir en la cruz de mi montaña.

Sueño y canto:
amontono las nubes en mi cielo,
con mi propio terror forjo mi espanto
y con mi propia risa mi consuelo.

Corazón inmortal, corazón bueno,
bebamos este día
la copa de ambrosía
y mañana la copa de veneno.

Hoy que corren las horas
más serenas y amables de mi vida,
devuélveme en auroras
las quimeras de mi alma ensombrecida.

Quiebra el miedo falaz que así te ahoga,
espíritu indolente,
y a la esfinge interroga
ceremoniosamente.

En el arte,
¿qué es un renovador? ¿Un viento ignoto
que nos trae fragancias no gustadas?
¿Un heraldo feliz del bien remoto?
¿Es un iluminado? ¿Un redentor creyente
que lanza hacia el misterio sus miradas
—luminosas espadas—
y enseña victorioso
otro mágico mundo de repente?
¿Es un águila, un cóndor, un espíritu cumbre
que muestra un resplandor sobre la frente
aunque huellen sus pies la podredumbre?
¿Es un Dios orgulloso
o un rebelde Satán que arde en la lumbre
de su infierno interior, maravilloso?
En la vida y el arte
el que renueva y crea
poniendo en cada cosa y cada parte
la inquietud de su vida y de su idea,
es un hombre tormenta,
un loco remolino
que aquí rasga, allá vuelca, allá revienta,
allí trunca un camino
tumbando a su través árboles viejos,
acá diseña el claro
de un sendero profundo
que se habrá de extender e irá tan lejos
como haya por donde ir habiendo mundo.

El gran renovador es como un astro
que la plegaria de la luz nos reza.
Viene, alumbra y se va dejando un rastro
en la inmortalidad de la belleza.

La belleza es eterna
y el hombre transitorio.
Aquella a veinte siglos de distancia
puede hacernos vibrar en la misma onda
que nació en Grecia, pasó a Roma, luego a Francia
y ahora viene a América, la blonda
virgen llena de encanto y de fragancia.
Mas tú, bipedo vano,
¿qué puedes oponer, con qué ampararte
del gusano del tiempo, vil gusano,
que habrá de carcomerte y transformarte?
Lo que fuistes ayer, hoy ya no lo eres,
Mañana no serás como hoy te veo.
Otros fueron tus gustos y placeres
y al cambiar en espíritu y deseo,
¿qué hay en tí del pasado, cuando mueres?

Transitorio es el hombre
y eterna la belleza,
pero el renovador no es sólo un nombre
—brazos, piernas, estómago y cabeza—
que se escribe en el agua de la vida
y se archiva en el cofre de la huesa.
No es un simple guijarro
que impulso adquiere y movimiento toma
cuando rueda en la lúgubre caída.
No es un sucio puñado miserable
de polvo sideral, misterio y barro
que el mago universal en su redoma
—vientre del Kosmos, corazón del orbe—
le imprime sensación, le dá su mundo,
le deja libertad por un segundo
y de nuevo le absorbe.

En el renovador es más abstruso
su principio y su fin. Gloria o Nirvana
a él le bastan su pan y su ventana.
Mas, ¿quién le hizo inmortal? ¿Quién le interpuso
entre el hoy, el pasado y el mañana?

Hay algo de sus obras y sus modos
que al que sabe sentir decirle quieren,
que él no puede vivir cual viven todos,
que él no habrá de morir cual todos mueren

Tú que lees al claror del limpio cielo,
a la luz de tu lámpara,
en tu día feliz—¿nunca te ríes?—
o en la lúgubre noche de tu duelo,
¿sabés cuántos pastores de Megara
cuidaron en los prados sus rebaños?
¿Sabes cuántos gustaron miel Hiblea?
¿Me pudieras citar uno por uno
los que en distintos años
nacieron y cayeron en Judea?
¿Quiénes fueron los muertos en Filipos?
¿Conoces la monstruosa biografía
de todos los mortales
que en las selvas del Africa sombría
destrozaron las garras y los dientes
asfixiaron los secos arenales
y ultimaron los Númidas creyentes?

No te empeñes, cerebro de granito,
—de granito o de luz, no se olvida
que frente al Kosmos tu saber es mito—
en seguir la creación vida por vida
o en medir paso a paso el infinito.

El hombre es transitorio;
y tu existencia
es un poco, y no más de vil basura
—pus, llagas, lodo y excrecencia—
que limita la turpida locura
y embrutece el alcohol o la experiencia.
Pero aquel que transforma
no está en tí ni en mí, necio comprende
que el gran renovador es el vigía
de las negras y quietas soledades
—estrella de Bhetlem, astro de Arcadia—
que su gigante corazón enciende
y eternamente irradia
a través de la vida y las edades.

Bien que no sepas de las almas vanas
que fueron y pasaron
en mil vertiginosas caravanas,
pero aunque vivas—topo de ti mismo—
en tu propio carnal negro agujero,
no podrás ignorar que hubo un Homero,
padre fecundador del helenismo:
que Sófocles tocó la cuerda nueva
del heptacorde trágico y sonoro:
que Diógenes habló desde su cueva
con más filosofía que cinismo:
que extasiado ante el mar glauco y sereno
desgranara Platón su prosa de oro,
inspirada por Sócrates el bueno:
que Esquilo no fué grande sino enorme,
porque retó a los dioses
con su ingenio rebelde y proteiforme:
que Pindaro el beocio
no se dobló a los goces
de su patria natal, poeta austero
armóse de belleza, y venció al ocio
con su palabra lírica de acero:
que en las vegas del Lacio
holladas por Eneas en su exilio
cantó sus odas el divino Horacio
y sus églogas mágicas Virgilio:
que Dante fué un guerrero
y un gran reformador — rudo Tetrarca —
más intenso que Ovidio el prisionero,
aunque menos sensible que Petrarca:
que allá, sobre las islas del Estaño
nació—¿nuncio iracundo
de guerra o paz?, dilo tú, Hamlet extraño,
loco sublime, o tú, casta Julieta—
el artista más grande de este mundo
y el más grande filósofo poeta:
que en el tranquilo Henares
creció un bribón, tormento de hortelanos,
de las quintas azotes,
motivo entre sus padres, de pesares,
y héroe al fin que por Dios y los cristianos,
sembró entre el enemigo negro espanto,
corrió tierras y mares
y en un barco de guerra como un bote
fué a aureolarse de pólvora en Lepanto,
entregando después a sus hermanos
la epopeya inmortal: El Don Quijote
del manco ilustre que escribió a dos manos...
Bien puedes ignorar topo inconsciente
la personal historia
de los sacrificados brutalmente
por el cruel Tamerlán de horrible fama
y espantosa memoria:
pero un renovador es la belleza
en su múltiple faz: — héroe vidente,
artista y redentor — y si odia o ama
es como el mar o la naturaleza,
crea y destruye, aniquila e inflama,
es un mundo sin órbita, es todo inmensidad
ilimitada, cosa que no empieza
ni acaba nunca, porque es la eternidad
hecha de amor, de luz y de pureza.

Aunque vivas a espalda de la vida
oculto bajo tierra, en lo profundo
de un bosque sin entrada ni salida,
tendrás que saber de él, pues como el rayo
cuando llenando de pavor al mundo
envuelto en lumbres los espacios taja
por los ecos del trueno precedido,
él desciende hacia nos resplandeciente
y holla la cumbre, a los abismos baja,
explora lo que no era conocido,
impulsa, mueve, alienta,
adormece a las aves en su nido,
doma a las fieras, exalta al ser, hace prodigio y arte
y es un Dios—voz de niño y de tormenta—
que vive en todo tiempo y toda parte.

El cansancio me asfixia
y el vasto panorama
me incita a caminar y me acaricia
la honda voz del ensueño que me llama.

Marchemos hacia allá, ánima mía,
que la vida me ha puesto en la escarcela
una calma metódica de abuela
y un tesoro de loca fantasía.

Y pues que he de avanzar hacia el arcano,
extiéndeme la mano
y comparte mi pena y mi dulzura
tú, bohemio famélico,
tú que sufres y lees, tísico hermano
tú que has visto una selva más obscura
que la del genio bélico,
toscano.

Me siento abandonado
y me siento también
acompañado:
¿por quién?
por los manes de aquel atormentado
que se llamó Verlaine.

Gozo y sufro el dolor de mi aislamiento,
mas ¡qué dulce es soñar y hallarse solo!
¡Ser todo sentimiento
como es todo blancura el níveo polo!

Son ojos de milano
mis ojos excrutantes
investigando el porvenir humano,
los hombres del presente descollantes,
la sombra triste del ayer lejano.

Actualiza y ojea,
corazón inmortal, ¡sangre y oblea!
Observa en derredor las almas Todo
que son lo que otras fueron,
porque de una manera o algún modo
amaron y crearon y sufrieron.

Nadando en el vacío
del misterio interior las playas toco
del mundo de Darío.
—Atlántida mental, de un mago loco.—
Praderas infinitas,
grutas, lagos, jardines y cascadas,
rosas albas y rojas margaritas,
ilusiones malditas
y esperanzas de azul aljofaradas.
Panales del Himeto
y encinas seculares
del laconio y edénico Taygeto.
Pan sonando su agreste caramillo
y en el césped nubil danzando a pares
blancas ninfas y sátiros bisulcos
Caprípedos Silenos
paladeando el orgiástico vinillo
beodos y lascivos, pero buenos.
Diana cazadora
condenando a Calixto al sacrificio
en la selva sonora
que oyera de Acteon en el suplicio
la súplica postrera
a esa furia ligera
hermosamente cruel y vengadora.
Arenas del Pactolo
rumores del Eleusis misterioso
vibraciones y pánicos de Eolo
que viene desde el Pindo nemoroso
Dyonisos el asiático
ungiendo la fruición del racimo ático:
panteras del Nepal, tigres hircanos
acechados por príncipes y reyes
y ojeadores indianos:
explendores de Dheli la brumosa
ciudad de los misterios: mansas greyes
del místico Indostán, fetiches mancos
efigies torvas, cabalgata muda
que sueña en Karma y diviniza a Bhuda
y avanza en tardos elefantes blancos.
¡Oh! magia de Darío
el índico, el etiópico, el pagano.
Hermoso Satanás, glorioso impío
cóndor audaz del estro Castellano.
¡Vuelve al Ganges, poeta, al noble río
y desprecia al Jordán! — Sucio pantano
que emponzoña tu lírico albedrío.

Y otra vez al azar, mar sin riberas
de mis íntimas horas.
Carabelas de ensueños, altaneras
cortan las aguas con filudas proras.
Y de nuevo el vacío
y de nuevo las dudas y pesares
abismos, nieblas, soledades, frío
voy navegando en el estuario mío
y arribo al fin a los rocosos lares

CEDIC

de Ghiraldo el Polifemo bravío
que domina también su isla encantada
agitando otras vidas y otros mares
bajo el fulgor azul de su mirada.
¡Ah! la rocosa playa del gigante
a que arriba mi numen peregrino:
como Ulises perdido navegante
en mi noche sin norte ni destino
me hallo sobre ella y tiemblo vacilante.
Herbosos prados y boscajes fieros
llanos en calma y cumbres de tormenta
volcanes encendidos
que semejan monstruosos pebeteros
donde bulle y fermenta
la lava misteriosa
de quien sabe qué fuerza poderosa.
Preneces de huracán, rachas tremantes
aullidos de pamperos
protestas y gemidos ululantes:
y ruídos de furiosos entreveros
brazos en alto, frentes descubiertas
sobre potros salvajes de áureas crines:
bocas sonoras al dolor abiertas
que suenan como trágicos clarines:
gritos, quejas, fantástico aleteo
de una águila caudal: cruel parpadeo
de la sombra y la luz, choque terrible
que de nuevo espantara al invencible
rey de Itaca feliz, soldado Aqueo.
Rostros de iluminados vengadores
y gestos de heroismo
y cabezas de pálidos profetas:
flores sangrientas y en la sangre flores
claridad de cenit, noche de abismo
afán de perfección, lejanas metas
ansias y rebeliones y dolores
y fiebres de optimismo.
Ambientes de pasiones y entusiasmos
y en recortes de paz, lagos de ensueños
en que se espiralizan los espasmos
y agonizan risueños
los cisnes del pudor. Venus triunfante
torneos del placer, nobles empeños
virgen naturaleza exuberante
trigales florecidos
ola de segadores serpeante
y paisajes agrestes
y rebaños de nubes extendidos
sobre prados celestes.
Y en medio del sosiego y el tumulto
que es palabra de amor o fiero insulto
citando a la pelea
con ímpetu iracundo
la mente se detiene ipnotizada
ante la anunciación de un nuevo mundo
que cabe en una idea
como cabe el espacio en la mirada.
¡Oh! la gruta encantada del gigante
en la que halla el viajero
abatido y jadeante
no el abrazo mezquino y traicionero
sino la exaltación vigorizante
que en la sombra del mal el bien alumbra
señala el derrotero
y el espíritu encumbra!
Artista sin absintio
sin opio parisino
sin locuras de haschís, tabaco, y vino
del Falerno famoso o de Corintio:
creador de la expresión inimitable
épica y saludable
que llega al corazón y el labio mueve;
augur severo que unas veces hablas
con velada intención impenetrable
y luego escribes con pasión y nieve
sobre tus nuevas tablas
una frase de horror y otra adorable:
hacedor de las mágicas palabras
hombre luz, hombre acción, hombre cadencia
que la epopeya de tus cantos lábras
con el buril del arte y de la ciencia:
sé mi guía poeta y sé mi hermano
y pues que eres señor de lo indecible
que bien sabes decir ¡vida y arcano!
sé también accesible y no accesible
como la roca ¡oh! cumbre inamovible
en que se alza profética tu mano.

Peregrino sin ruta
espuma de ilusión, náufrago triste
que el mar sin fin del pensamiento exruta
las aguas corta y al dolor resiste.
Lucha y avanza espíritu inquietado:
piélago azul, escollos y oleajes:
pasan ante mis ojos
los naufragios que el mar ha vomitado.
Armaduras y cascos y atalajes
dolorosos despojos
de todos los que han ido
hacia el puerto inmortal. ¡Cólquida aciaga
del hechizo temido
ante quien, el mortal débil, naufraga
y hasta el fuerte vacila conmovido!

Camino del ensueño y de la muerte
por el que tantos fueron
en busca del vellón que es oro y suerte
¿quiénes son los que nunca más volvieron
en regreso triunfal a recorrerte?

Dolor y horror
y calma.
El silencio es una alma
¡Qué bien habla el silencio del dolor!

Navega corazón, deja los muertos
que descansen en paz; bien se merecen
la sagrada quietud de aquestos puertos
donde las flores del olvido crecen.

Sombras y abismos y más sombras densas
de la fatalidad penden suspensas.

Avanzo y me defiendo
y con la soledad jadeando lucho:
gime la Nada y su gemir comprendo,
evangeliza el Orbe y yo lo escucho.

En la bruma imponente
brilla un punto de fuego de repente
la inmensidad se cierra
a mi espalda, y en frente
reposa el corazón mirando Tierra.

Silencio sepulcral, un ave canta;
arpegio de requiem, sollozo agónico:
la costa aborda mi medrosa planta
y al detenerse posa
sobre un destruído monumento jónico
y una imagen de Cristo dolorosa.
El alma del no ser silba en mi oído:
llantos, penas, miserias y tormentos
el aire es un gemido
y en todo alrededor se oyen lamentos:
la angustia del ambiente me tortura
y en la respiración bebo amargura.
Destila un cielo gris sales y hieles:
se levanta ante mí la sepultura
de la Felicidad ¡sin una ofrenda!
¡sin un ramo siquiera de laureles!
¡sin nada que la llore o la defienda
de la infedelidad de los infieles!
A un lado la Necrópolis, arriba
como un alma en tormento, fugitiva
se alza la bruma vetustez de un templo
aquí la contricción, allá la muerte:
en la iglesia una cruz, brazos de ejemplo
y en el friso de un mármol silencioso
como en letra litúrgica "Almafuerte
el profeta armonioso y misterioso".
Tal en el reino de Plutón avanzo,
horizontes sin luz, collados yermos
caminos pedregosos y zarzales:
languidecen los árboles enfermos,
no hay boscajes ni umbrías de descanso,
y aumentando la sed desesperada
en los cauces de secos manantiales
sucio loco obsesiona la mirada.
Al borde mudo de los lagos quietos
hay una humanidad de hombres inquietos
que tosen penas y padecen asmas
y en una procesión interminable
van desfilando pálidos fantasmas
macabros esqueletos
y una ronda de endriagos, espantable.
Un sudario de lívida ceniza
alfombra el dorso del ardiente suelo
pasa el Angel del Mal llevando a prisa
las almas arrojadas desde el cielo.
Sobre espinas agudas
sangra Cupido: Nazareno avanza
tras la sombra fantástica de Judas
fulminando el perdón de su venganza.
El crimen de Iscariote
y el crimen de Caín ciernense altivos:
ni Cyrano ni Hamlet ni Quijote
iluminan la escena
deste retiro de los muertos vivos
en que gime el dolor y aulla la pena.
La visión del horror mi pecho ahoga:
se aprieta a mi garganta
la desesperación, como una soga
que el cuerpo hiela y el valor quebranta.

En busca de quietud tuerzo el camino.
¡Oh! imagen de la angustia
y de la fe del hombre humanizada!
sufre y carga la cruz de su destino
un doliente y anciano peregrino
que parece al marchar adelfa mustia
por los rayos de Enero calcinada.
Hay dudas y hay pesares en la frente
y fuego de pureza en la mirada
de aquel atormentado penitente
que viene de la nada y va a la nada
plenamente
brutal, monstruosamente
amargado, vencido y convencido
de que el hijo de Adán, el maldecido
ha de ser redimido
únicamente
por el fuego, la muerte y el olvido.
Albergue del error, cabeza loca
que siendo corazón quiere ser roca.
Padre, hermano, y abuelo, peregrino
yo comprendo el horror de ese tu sino
yo lamento el error de esa tu boca
más viendo lo imposible de imitarte
prosigo mi camino
después de descubrirme y saludarte.
En lo espeso de un bosque lujurioso
aligera mi pié, senda tortuosa
y ¡oh! suspiro de Abril, fuente de amores
manantial abundoso
oasis de piedad, que en la arenosa
soledad de la vida sofocante
sacia la sed, mitiga los ardores
y devuelve la fuerza al caminante.

¡Inmortal! ¡Inmortal! la vida canta
y de la buena tierra florecida
un perfume divino se levanta
que cura toda pena y toda herida.

Las manos palpan morbideces sanas
miran los ojos cuadros de frescura
los oídos se embriagan en el giro
de una música azul. Vibran campanas
de gesta popular. Paz de retiro
y repique de acción. El alma sueña
y goza. Colosal proscenio:
Ruedan al más allá sombras humanas
y en medio a ese turbión que se despeña
como una bendición la luz del genio
de rostro amable y patriarcales canas.

La amargura de ayer se reconcilia
con el dulce optimismo del momento
de Alegría se viste la Tristeza
es un canto de amor la grave homilia
y el ríspido lamento
una plácida voz. Naturaleza
es aroma y color ¡madre adorable!
Tiembla la selva del encanto presa
y el viajero
que el cayado abandona, despreciable,
dobla la frente, y deslumbrado besa
el polvo del sendero.

C. Martínez Paiva.

París y la guerra

El desdén de América

Alberto Ghiraldo, el trovador de la miseria del pueblo—como él mismo se llama—, el que hizo, con perjuicio material de su propia patria, una requisitoria contra el capital en sus relaciones con el proletariado extranjero en la Argentina, me ha remitido su "Música Prohibida", por cuyas páginas la musa roja pasa con un huracán de protesta contra los poderosos, a veces, y a veces también con voces plañideras por los hambrientos y los tristes, por los malditos y desnudos, por los que lloran y se arrastran; y al recorrer la vista esas páginas de dolor humano he rememorado que hay por allá una tierra donde una pléyade de jóvenes, como González Pacheco, sufrieron las inclemencias y los trabajos forzados de Usuhaia en lucha por el ideal; que al lado de esa tierra hay otra presidida por un gran socialista, José Batlle, que va a bordo de los buques a recibir a los extrañados y malditos por ideas políticas, y que por toda la América española, desde Méjico hasta Patagonia, cascabelea una risa de desprecio merecido por la tragedia de la hipocritona Europa, que puso el grito en el cielo cada vez que estalló una revuelta en aquel continente, convulso por la mala leche que mamó de la propia Europa. Y cuando en ella las libertades están por los suelos, cuando la injusticia le ha mordido en la frente y le ha arrancado su corona de civilizadora, en el Parlamento de una República naciente — Cuba — dióse ayer mismo el ejemplo de que un diputado nacionalista amparase a un ácrata; y el caso fué que, habiendo llegado a la Habana Luisa Capetillo, procedente de Cayo Hueso—que si antaño fué foco de insurrectos cubanos hogaño lo es de revolucionarios cosmopolitas—, y estimando el Gobierno que aquella amiga mía podía ser perjudicial a Cuba, perturbando su orden público, el diputado González Vélez dijo:

"Que a él no le asustaban las ideas radicales, por muy extremas que fueran; que, antes al contrario, las amaba, las deseaba, por entender que con la difusión de las mismas se engrandecían los pueblos, y que, en su concepto, la señorita Capetillo no constituía una amenaza para el orden social. Eso—aña-

dió—en cuanto a las ideas humanas; que con respecto a mi modo de pensar como patriota, como ciudadano cubano, siempre estimaría como un gran honor para el concepto liberal de mi país que en él pudieran albergarse todos los hombres, todos los seres defensores de esos grandes ideales de regeración humana,''

Bien está que consignen, siquiera como contraste, tales hechos cuando los periódicos parisienses, así los que gozan fama de sesudos como los que se disputan revoltosos, así los moderados en ideas como los avanzados en ellas, han acogido con amonestaciones o con cuchufletas la Conferencia Internacional del Congreso socialista de Copenhague para trabajar por el restablecimiento de la paz, para que los países neutros ofrezcan su mediación a las potencias beligerantes a fin de obtener una paz duradera, y para protestar contra la arrestación de cinco miembros de la Duma rusa que se habían reunido para redactar una Memoria destinada a dicha Conferencia.

Y en París, donde todavía no ha salido protestando un Liebknecht ni analizando un Harden, *Le Temps* increpa al Congreso socialista porque, colocándose en un punto de vista que no es el de los aliados, sino el de los internacionalistas, y, por lo tanto, ''neutros'', no empezó por ''condenar formalmente y ante el mundo entero la actitud de la Sociaddemocracia alemana y por predicar la ruina de la potencia militar de Alemania''. En cuanto a la antigua internacionalista, *La Guerre Sociale*, sale del paso con decir que el Congreso de Copenhague, adonde concurrieron representantes socialistas de Suecia, Norruega, Dinamarca y Holanda, es ''un Congreso de eunucos'', como el partido socialista italiano, reunido en Florencia, es, por haber fallado en pro del mantenimiento de la neutralidad, ''*un partido de eunucos*. La cuestión social para Hervé es, por lo visto, una cuestión de capadura.

¡Cómo no han de reirse desdeñosamente los periódicos americanos que lean tales esperpentos!

En el hermoso libro que Pérez Triana dedicó a su viaje por el Amazonas, un indio desnudo en su piragua bajo el sol dorado, al oir una proposición de cambalache a la europea que le hicieron los compañeros de aquel literato, mirólos desdeñosamente y, sin decir palabra, siguió bogando en su piragua...

Luis Bonafoux...

(De ''Heraldo de Madrid'', Enero 26 de 1915.)

Alemania debe ser vencida

Las causas de la guerra.

IV

¿Qué era lo que nos habíamos propuesto al comenzar la exposición de nuestras opiniones con respecto a la guerra actual? No tuvimos en ningún momento la pretensión de enunciar consideraciones nuevas y originales con respecto al vasto tema de la guerra que ha galvanizado las energías de los más altos cerebros del mundo y que ha hecho derramar sobre el papel tanta tinta como sangre sobre los campos de batalla. El principal objeto nuestro, el mío especialmente, fué contribuir en América a la formación de un ambiente francamente hostil al militarismo y a las ideas conservadoras de Alemania, al mismo tiempo que propiciar el movimiento de simpatía hacia los países aliados, iniciado simultáneamente, desde el comienzo de la guerra, en Londres, París, San Petersburgo y los centros neutrales más distinguidos, por los hombres, intelectuales y obreros, a quienes más debe la causa internacionalista.

El ambiente, es cierto, no nos ha sido propicio. La posición puramente comercial que ocupa la Argentina en el concierto de las naciones, agravando la incapacidad de la mayoría de sus habitantes para sentir y alentar las grandes causas idealistas, ha hecho que nuestras palabras se ahogaran casi todas en la muralla opaca de algodón que es la conciencia de este pueblo, únicamente acicateado por los más groseros egoísmos. Sin embargo, mucho hemos conseguido solamente con el hecho de obligas a pensar a tanta gente que de otra manera se hubiese encerrado dentro de los viejos torreones de la teoría, negándose a abrir las ventanas al aire y a la luz. Los revolucionarios, nuestros amigos y camaradas de ayer, que hoy nos niegan, desde la altura de los dogmas inmodificables, ellos mismos han sido obligados a reconocer que la posición neutral, sólo significa pereza, amor a la tranquilidad y enmohecimiento de los resortes del entusiasmo y del heroísmo, fermento, este último, indispensable de las altas acciones humanas.

Por otra parte, después de las nuestras, muchas voces se han levantado entre los revolucionarios para defender y propagar las mismas ideas que nosotros hemos defendido y propagado, exponiéndonos a que se aprovechase esta circunstancia de parte de quienes se creen en posesión de la verdad absoluta, para excluirnos del campo en donde hemos dejado, en largos años de lucha obstinada, nuestras mejores energías. En efecto, son legión los que actualmente creen que los intereses de la revolución, lo mismo en nuestra tierra, estéril todavía por falta de abono cultural, para las siembras ideales, lo mismo que en las de Europa, profundamente penetradas por las simientes que contienen en su seno al porvenir, no están desligados de la suerte de los países empeñados en la lucha inaudita que se desarrolla ante nuestros ojos.

*
* *

Hemos demostrado en los capítulos anteriores, que Alemania era la única causante de la guerra; que su civilización y su cultura no han alcanzado aún el grado de madurez que habilitaría a los pueblos germanos para pretender imponerlas al mundo, apoderándose de su dirección, en todos los órdenes de la existencia y, por último, que la civilización latina continúa siendo la detentadora de las más altas virtudes humanas y, entre ellas, del espíritu creador, padre del progreso.

Ahora queremos insistir sobre uno de los puntos más importantes, que no hemos hecho sino desflorar en los capítulos anteriores. Sobre las causas que han movido a los pueblos de Europa a lanzarse a la más enorme de las matanzas humanas, que recuerde la historia, y a persistir en ella, con tremenda e inesperada decisión. Veremos como, desde este punto de vista, los hechos dan la razón a los revolucionarios, que en Europa son hoy mayoría, que luchan para que Alemania y sus aliados sean vencidos.

Nos aventuramos a decir, al comienzo de las hostilidades, cuando todavía era imposible ver claro en medio del desconcierto mundial que produjeron los estupendos *ultimátums* del Emperador Guillermo, que la guerra que se iniciaba no podía ser reducida como las que han tenido lugar en los últimos años, a una cuestión puramente económica, a pesar de las protestas de los partidarios de la neutralidad *a outrance*, informadas todas por el concepto materialista de los social-demócratas y de los cientificistas de la escuela económica, nos hemos sostenido en ese criterio, que los hechos se han encargado, corriendo los meses, de confirmar brillantemente.

Sin embargo, los más inteligentes de nuestros militantes, entre los que permanecen dentro del criterio neutralista, como los redactores de ''Volontá'' de Ancona, de ''Tierra y Libertad'' de España, de ''La Protesta'' de Buenos Aires, como Faure y Domela Nieuwhis, siguen acusando al capitalismo, como si fuera el único causante del desborde guerrero. Y es claro que este antiguerrerismo fundado en la teoría, por quienes se obstinan en no querer asomarse a la vida, no convence ni a sus mismos propagadores, cuyas prédicas faltas del calor y del entusiasmo, que comunica la convicción arraigada, no han producido hasta ahora, ni en Europa, ni en América, ni en ninguna parte, una sola manifestación seria de oposición a la guerra. Al contrario, es notorio el hecho de que los ''meneurs'' de Francia y de Italia se van quedando día a día más solos y que la élite de la clase obrera de estos países ha aprobado la conducta de sus dirigentes: los Jouhaux, los Ivetot, los Malato, los De Ambris, los Corridoni, y por encima de todo la de ese gran viejo que habiendo dado toda su larga vida a la revolución, no vacila, casi a la vera de la muerte, en arriesgar su universal prestigio, lanzando a los cuatro vientos del mundo, lo que creyó verdad: Kropotkine.

El capitalismo puede ser considerado como un factor importante del conflicto, por haber contribuído al crecimiento del militarismo, pero no es el único, ni el más importante, desde el momento en que los ejércitos enemigos se pusieron en contacto. Otras causas ocupan ahora el primer plano como determinantes de la guerra, y sino cada una, a lo menos sumadas representan en este sentido más que aquél.

En efecto. ¿Cuál es el gobernante o el financista que haya creído o que pueda creer ahora que de una conflagración mundial podía salir ganancia para sí o para la clase que representa? Creusot, Krupp, Honteria y los fabricantes de armas de todos los países, no estarán, acaso, convencidos desde el primer momento, que una de las consecuencias del conflicto podría traer junto con una revolución mundial su ruina definitiva? ¿No ha exhortado el ''Eco Financiero'' londinense, al gobierno de su país, a terminar la guerra, porque ahora se está aún a tiempo de evitar la caída de los estados y de las instituciones, que sobrevendría fatalmente al cabo de un par de años de lucha?

Si el capitalismo mundial tuviese hoy la fuerza suficiente para hacer volver los aceros a las vainas, no cabe duda que lo haría, de miedo al porvenir, que puede aminorar su poderío, sino anularlo completamente. En las guerras de conquista y de expansión comercial él ha sido el dirigente, en la guerra actual es arrastrado por fuerzas históricas que no son de su resorte.

Asistimos a un conflicto en que a la causa económica han venido a agregarse, superándola factores étnicos, éticos y culturales. La raza germánica, mucho más pura, pero también más joven, intenta por nueva vez vencer, por medio de la fuerza, a la antigua civilización latina de la cual tomó todo lo que hoy constituye su grandeza. Ella encarna el principio conservador de la monarquía de derecho divino, del cual Francia y en segundo lugar Inglaterra, han sido en la Historia los más temibles adversarios. Este viejo principio barrido del mundo occidental y de América por la revolución del 89 y los movimientos sociales del siglo pasado, no tiene hoy más sostenedores, si se exceptúa a Rusia, en donde una revolución libertaria está latente, que Alemania y sus aliados, la siniestra monarquía de los Haupsburgos y la aberrante Turquía.

Las castas dominantes de estos países no han ocultado nunca su deseo de llevar la guerra al liberalismo de los demás pueblos, para imponerles sus instituciones políticas y religiosas.

Los conservadores del mundo, de Europa y de América, por su parte, siempre han admirado a Alemania y han esperado de ella la restauración del imperio de la fuerza en todas las naciones y junto con esto el ahogamiento de los ideales de libertad, que se encarnan en el socialismo de occidente y aún en el de Rusia que, no obstante haber tenido su cuna en los dominios del Zarismo, tiene más vigor y más importancia histórica que la social-democracia alemana. Ha podido, pues, muy bien decirse que es una guerra de civilizaciones y de principios la que se está desarrollando en los mismos campos que presenciaron la derrota de los bárbaros antiguos.

Anteriormente hemos demostrado las tendencias conservadoras y antilibertarias de la famosa cultura germánica y su consiguiente suspeditación al omnímodo poder del Kaiserismo. No nos extenderemos, pues, en mayores explicaciones. Recordaremos, para terminar, que el conflicto actual entrañará también la solución de una cuestión vieja, que en muchas ocasiones ha obstaculizado el avance de las ideas revolucionarias: el problema de la integración de las nacionalidades, que fatalmente ha de resolverse con anterioridad a todo cambio social importante.

En resumen: Desde el punto de vista de la revolución social, la guerra defensiva de Bélgica, Francia e Inglaterra adquiere los contornos de una cruzada libertadora, en donde las causas económicas han retrocedido a segundo término y en la cual, por consecuencia, Alemania debe ser vencida.

Juan E. Carulla.

El divorcio

El divorcio como fenómeno moral y biológico

IV

Acabamos de ver en los anteriores capítulos que no solo la más sana lógica, el más elemental razonamiento, aconsejan la disolución de derecho del vínculo matrimanial, cuando éste ha, de hecho, desaparecido, sino también el código moral de nuestras sociedades actuales — el Evangélico — que no ha podido desconocer en absoluto la fragilidad de la naturaleza humana. Y sin embargo se rechaza nuestro modo de ver en nombre de la moral y de la felicidad de la especie.

No voy a cometer la simpleza de analizar cual de las morales hoy más de moda es la menos inmoral: si la del Pentateuco o la del Evangelio, la del Corán o la de los Vedas.

Quiero demostrar a necesidad y bondad del divorcio en nombre de una moral superior, universal y eterna, que surge expontánea de la misma naturaleza humana. Esta moral de carácter esencialmente biológico es la conservación y perfeccionamiento del agregado social.

Y bien. A eso tiende el divorcio: a conservar el organismo social protegiéndolo del bacilus que corroe y mata, y que nace y se desarrolla en los matrimonios mal avenidos — como la tisis se propaga más fácilmente en los cuerpos débiles. Porque esos son en realidad los matrimonios atados por las leyes y separados por la naturaleza. Cuerpos debilitados, células enfermas que se reproducen a expensas del organismo, al que arrastran lentamente a una muerte segura. Son esos cuerpos débiles los que necesitan del médico y para quienes éste diagnostica. No alejemos el remedio por temor a que la humana gente use de él sin tino. Nadie se purga por puro deleite... y el divorcio no es por cierto pócima agradable que sepa muy bien a nuestro paladar. Si es por el contrario un veneno como pretenden algunos, ten-

gan los tales por seguro que nadie recurrirá a él aunque las leyes se lo permitan, como nadie recurre al suicidio, salvo en muy contados casos que la sociedad no puede ni debe evitar... Es el instinto de conservación que ha desaparecido quitando todo su valor al hombre que se convierte desde este instante en una cantidad negativa perjudicial para la vida de la especie. Los pueblos que más han sufrido en este sentido son slo pueblos latinos en virtúd de su moral metafísica—que a pesar de no haberse cumplido jamás extrictamente ha disminuído enormemente su vitalidad. Compárecelos sino con los germanos, con los eslavos, con los judíos que, no obstante las crueles persecuciones de que son objeto conservan una energía verdaderamente maravillosa. Y todos esos pueblos germanos, eslavos y judíos tienen incorporado en sus códigos y costumbres el divorcio. Casi podría decirse que gracias al divorcio han podido llegar a la plenitud de su vida. No se me diga que opuestos resultados ha producido en Francia. La decadencia de los pueblos es un fenómeno absolutamente ajeno a la institución del divorcio. La grave Egipto, la riente Grecia y la Roma austera hanse ahogado en la inmensidad de los siglos sin que el divorcio las haya arrastrado a ello. Y para referirme a pueblos modernos. ¿Cómo explicarnos la decadencia de la gallarda España de divina lengua y de Portugal la monástica? Ambos pueblos han decaído sin institución de divorcio. Imputar pues al divorcio el decaimiento de Francia es absurdo. El mal no está en el divorcio; es anterior a éste y obedece a factores múltiples y complejos que no debo en este momento analizar. Obsérvese sin embargo. que la disminución de la natalidad empieza con la derrota de 70. Diríase un pueblo desilusionado que ve en un instante desmoronarse los castillos que forjara su imaginación nerviosa. En este momento de su vida Francia se hace excéptica, como el enamorado sincero que ve destrozados sus más caros sentimientos. como el creyente que se siente de súbito asaltado por la duda. En efecto, las estadísticas nos lo demuestran en una forma elocuente. Nótase en el pueblo francés una especie de cansancio, dijérase fatigado de su inmensa labor y entregado a un breve reposo. como esos árboles corpulentos que cansados de darnos abundante fruto se secan para volver a retoñar periódicamente. Pero. sea lo que fuere. piénsese lo que se quiera del actual decaimiento de Francia, lo cierto es que en nada ha influído el divorcio promulgado catorce años después de la derrota del 70.

Tenemos en cambio a los Estados Unidos. un pueblo ultradivorcista (anotemos de paso que este carácter débese sobre todo a la superevolución del capitalismo). Ha disminuído en algo su vitalidad? Es menos imponente su imperialismo hoy que ayer? Debilita en algo la institución del divorcio el carácter dominante de esta raza? Con el divorcio no han disminuído tampoco la actividad sorprendente del pueblo belga ni la grandeza moral de Suiza. Eso es esplicable. Evitando los matrimonios mal avenidos se salva el interés de la raza primero y el de la especie después...

No pretendo sentar una teoría individualista, pues considero el problema desde el punto de vista biológico, pero es prudente recordar que el individuo es la base del agregado social, como lo es la célula, de nuestro organismo. Y la felicidad social será un mito en tanto no lo sean los individuos que componen la sociedad, como no es sano un organismo cuyas células no lo están. Hay que desengañarse: muchos mendicantes juntos forman un "grupo" de mendicantes, nada más. Y eso son en realidad los cónyuges mal avenidos: mendicantes a quienes nuestra sociedad moral niega la felicidad a que tienen derecho. Pero esta contravención a las leyes de la naturaleza redunda en perjuicio de la sociedad misma, porque estos matrimonios — células enfermas — se reproducen y siembran la tierra de seres raquíticos que serán la base a su vez de nuevas familias. Y esos degenerados física y moralmente que han sido engendrados sin amor, criados sin ternura, "son — dice Max Nordau — definitivamente excluídos de la facultad de amar, y pueden llegar a viejos sin sentir nunca el interior empobrecimiento de su vida". Han nacido viejos porque la sociedad lo quiso. Y esos seres inocentemente desgraciados ni siquiera tienen el derecho de protestar: la sociedad no quiere que se traduzca en palabras sus propios sentimientos. Por otra parte, sus protestas no les devolverán la juventud que les ha sido arrebatada, como no reconstruyen el cacharro roto las lágrimas del niño...

He ahí el peligro fundamental que entraña el matrimonio indisoluble: negando todo derecho al amor, sanciona la degeneración de la especie que implica la violación del principio de la perpetua renovación de la vida universal; fomenta la prostitución, que es uno de los puntales más serios de la familia actual y que solo la unión libre hará desaparecer; desconoce el principio de la selección, que, como su nombre lo indica, está expuesto a equivocaciones; significa en una palabra, la más grande atrosidad jurídica.

Si aceptamos con Spencer que las organizaciones familiares tienen como uno de los fines primordiales "el de conducir a la madurez un número mayor de hijos sanos"; si convenimos con Barrett que "hay que renacer sin descanso", que "detrás de nosotros están nuestros hijos..." ¿qué generación se atreverá a llamarse fuerte y justa si no deja hijos fuertes y justos?... El problema sexual es el problema de los hijos, el problema de la continuidad de nuestro esfuerzo": debemos reconocer, muy a pesar nuestro, que el matrimonio indisoluble está inhabilitado para llenar este fin o que por lo menos está en condiciones desventajosas frente al matrimonio disoluble: en éste, los hijos nacen con la fuerza y la alegría que solo el amor genera, obsérvase en ellos como por reflejo, el amor que ha impulsado a los que les dieron vida, como en las producciones del artista se reflejan sus sentimientos más íntimos. Si esta fuente generadora desaparece, el matrimonio se disuelve. Si ambos cónyuges son todavía jóvenes tienen derecho a constituir sendos hogares que serán otras tantas fuentes de vida.

Será la sociedad misma, con ese instinto de conservación que la caracteriza, quien se encargará de oponer obstáculos a nuevas uniones de los divorciados que por su edad sean incapaces de producir seres bien organizados.

Si se da el caso de dos individuos que se casan creyendo amarse y solo después se dan cuenta que no ha existido entre ellos sino algo así como confianza o admiración recíproca que corre el riesgo de convertirse en odio sin continúan unidos, éstos podrán evitar a la humanidad seres imperfectos y a sí mismos toda suerte de disgustos, separándose amistosamente sin guardarse rencor: "Creímos amarnos para toda la vida" dirán al despedirse, porque "del corazón hay que temerlo todo; no es que engañe, es que nos engaña" (Benavente), y cada uno buscará su felicidad donde crea poder encontrarla.

En los matrimonios puede haber amor como puede no haberlo. El peligro está salvado si el matrimonio es disoluble, pero no sucede lo mismo si es indisoluble. En este caso los cónyuges están unidos eternamente sin que pueda separarlos la aversión más profunda, lo cual es una inmoralidad. Quédale el recurso de la separación de cuerpos cuya inmoralidad queda demostrada. Se presenta a los cónyuges este dilema: o la abstinencia o la prostitución.

Si son jóvenes optarán por esto último, que no otra cosa es el concubinato según nuestras leyes. Ahora bien, los hijos ilegítimos de cada uno de estos cónyuges lo serán de ambos en virtud de la "separación de cuerpos".

Si a pesar de su juventud, ella, la esposa, se resigna a la continencia, la sociedad desempeña en este caso un doble papel de verdugo al impedir que esta mujer satisfaga instintos naturales que no está en su voluntad dominar, y que cumpla su misión de mujer...

Atendida la singular importancia que en el curso de esta exposición he dado al factor amor, más de un excéptico, más de un vencido de la vida, se preguntará: Existe realmente el amor o es ficción pura de cerebros poco equilibrados?... Sí, el amor existe y se manifiesta en todos los actos de nuestra vida. Pero hay algo superior a todo eso y es el amor sexual. Dijérase el imperativo categórico del instinto social. Un poeta os dirá que es concentrar en un instante toda la vida pasada y futura, sentirse de súbito bueno, sentirse grande; Nietzche: la suprema encarnación del humanismo, que es un imperioso deseo de posesión; Schopenhauer, el sepulturero: que es el triunfo de la especie; Goethe, poeta y filósofo: que es afinidad electiva; y Max Nordau, sugestionado por la insuperable definición de Goethe, dice: Por qué una mujer ama a un hombre y desdeña a los demás? Evidentemente, porque esta atracción o esta indiferencia tienen su base en el "Quiniasmo" más íntimo del ser en cuestión, y tiene su origen en las mismas fuentes que los procedimientos orgánicos de la vida. El matrimonio se parece a un vaso en que dos cuerpos diferentes, dos individualidades químicas están encerradas juntas. Poseen afinidad electiva. El vaso está lleno de vida. No la tienen? El vaso contiene muerte".

Vana pretensión será extirpar el amor por medio de leyes severas. Tarde o temprano su autor exclamará sorprendido, con el clásico rey de Shakespeare, que quería desterrar el amor de su reino: "Es posible? Yo, enamorado. Yo, el azote del amor, el poeta de la noche. Yo, el pedante que reprendía, con más arrogancia que mortal alguno, a ese niño de ojos vendados, a ese llorón, a ese ciego, a ese displicente niño, a ese juvenil anciano, a ese enano gigante, don Cupido, ese regente de las rimas amorosas, ese caballero de los brazos cruzados, ese soberano consagrado de los suspiros y de los gemidos, ese señor feudal de todos los vagos y de todos los descontentos, ese temible príncipe de las faldas, ese emperador absoluto, ese gran general, que hace trotar a tantos ugieres. Oh! pobre corazoncito mío". Y no faltará burlón que le responda: "Somos lo que pueden ser la carne y la sangre. La sangre juvenil no se presta a obedecer las prescripciones de la edad; no es posible contrariar la causa para la cual hemos nacido".

Es, pues, el amor eterna fuente de vida, elixir maravilloso que rejuvenece las edades y perpetúa el tiempo, causa indispensable de la prolongación de la especie, de esa supervivencia de una generación sobre otra que solo es posible alcanzar con aquellos matrimonios que poseen afinidad electiva.

Y en verdad os digo: que los matrimonios donde el amor hubiese desaparecido, son matrimonios prostituídos porque en ellos predomina, o el interés o la hipocresía, aliada del adulterio.

Más os digo: que tales cónyuges desempeñan dentro de la sociedad una actividad destructora, que es deber humano evitar por todos los medios a nuestro alcance. Uno de estos es el divorcio.

El divorcio es garantía de amor en el matrimonio actual por cuanto extinguido éste los cónyuges pueden separarse. Pero para que esta garantía sea perfecta, el divorcio debe ser amplio, unilateral, y no debe someterse a las partes a pruebas vergonzosas que repudian a toda conciencia sana.

"Supongamos, dice Naquet, que se encuentran dos seres en un momento que se me permitirá llamar la trayectoria de su vida. Si en aquel preciso instante las dos curvas son sensiblemente paralelas, nada prueba que muy pronto, siguiendo cada cual su propio camino, no forman un ángulo ambas trayectorias y se aparten una de otra. Que se produzca el hecho; ya no hay armonía; y puesto que el amor no es más que la expresión más elevada de ella, cesa por ello mismo de existir. Si es cierto, por otra parte, que el amor coloca solo a los seres que lo experimentan en condiciones adecuadas para una buena reproducción, es incontestable que el interés de la especie, y el interés primordial de los hijos que nazcan, exigen, desde el triple punto de vista físico, intelectual y moral, que los esposos se separen para buscar una adaptación mejor apropiada a su estado actual de desarrollo.

"Este fenómeno no es ciertamente constante. El paralelismo puede ser bastante estrecho entre dos trayectorias para que no se manifieste entre ellas divergencia alguna apreciable durante el curso de la vida. En ese caso la monogamia afecta el carácter de indisolubilidad. Pero esta indisolubilidad se manifiesta aquí naturalmente, aparte de toda coacción religiosa o social, y es lo que hace que pueda ser considerada como alcanzando la perfección en materia de amor".

El divorcio no excluye pues la monogamia: es un complemento de esta. Le quita las escorias, o como decía Dumas hijo: apuntala el matrimonio, lo hace más sólido, más habitable, sobre todo para las mujeres, que son las verdaderas mártires del actual estado de cosas, ya se casen, ya no se casen... Menos tiránico, menos circuído de murallas, el matrimonio sería no sólo más moral, sino más abordable, más atrayente, más comprensible para los que no quieren entrar en él por considerarlo una prisión eterna. Nada más exacto. Los hombres no se casan por temor a equivocarse. O de lo contrario se casan ya viejos (cuando han destrozado los mejores años de su vida en los prostíbulos o en uniones vedadas). Los hijos de tales matrimonios deben ser necesariamente degenerados, incapaces de todo acto heroico. El ejército social debe estar constituído por matrimonios sanos, únicos capaces de producir hijos fuertes. "La sociedad, como cuerpo organizado para la conquista del progreso, debe mirarse — afirma el doctor Arena — como una columna en marcha, en la que los elementos útiles son los buenos matrimonios. Los malos matrimonios no sólo son elementos inútiles, sino que son elementos perturbadores; representan en la columna social lo que en un cuerpo de ejército representan los soldados rezagados, los dispuestos a pasar al enemigo. Y es claro que de la misma manera que un general consciente de su responsabilidad, la víspera de una batalla, al revistar su columna tendría el buen cuidado de apartar los soldados inútiles, de sacarlos de las filas y decirles: "Señores, estáis demás aquí, porque no es con vosotros que voy a conquistar la victoria", un sociólogo que revistara la columna social se apresuraría a separar los malos matrimonios, los matrimonios ineptos, diciéndoles: "Señores, salgan de aquí, porque no es con ustedes que voy a conquistar el progreso, no son ustedes los que me van a dar los vástagos vigorosos que necesito para la conquista del porvenir".

He aquí pues demostrada la importancia del divorcio como factor biológico, que no es creación del cerebro humano sino mandato de la naturaleza que debemos acatar. Antes que los hombres tejieran frases alrededor de este principio, ya la naturaleza se había pronunciado divorcista....

Y la mujer? Y los hijos?... Conviene a estos el divorcio?... Vivimos en un estado netamente industrial. El capitalismo está en auge, y no debemos en nombre de un principio, sea cual fuere, desligarnos de la realidad. Pesemos pues en dinero hasta los más caros sentimientos humanos. También la felicidad tiene su precio. Y bien, con este bagaje de realismo a manera de brújula afirmo que el divorcio conviene a la mujer y a los hijos. No se diga que la mujer divorciada veráse obligada a mendigar su sustento y el de sus hijos si no quiere hundirse en el pantano de la prostitución. Las leyes, impotentes para legislar sobre fenómenos afectivos, salvan maravillosamente este inconveniente de orden puramente económico. Todos los casos que pudieran presentarse en este sentido estarán debidamente legislados. La mujer, por temor a la miseria, no se verá obligada a soportar las brutalidades del marido, ni los hijos

tendrán que presenciar escenas poco edificantes. Los hombres no se casarán a título de deleite momentáneo ni se separarán por la menor bagatela. Ante el capricho de un momento está la obligación de luenga duración que hará pensar al más ligero de cascos. El marido que se divorciare — siendo él el culpable — tendrá que pasar una pensión a la mujer y a los hijos en proporción a sus entradas, hasta que esta mujer se case. Sigue habiendo pues entre ambos una interdependencia económica que desaparece cuando la mujer se casa. Eso es injusto, pero hoy por hoy no puede ser de otra manera.

La pensión se hará efectiva como se hace efectivo un impuesto o una ordenanza cualquiera. Al individuo que quiera deshacerse de esta obligación no le queda más recurso que marcharse del país. Pero lo mismo puede hacer siendo el matrimonio indisoluble. Y en este caso, él se podrá casar en el extranjero; ella deberá permanecerle fiel y será siemore su mujer. O puede suceder el caso, como ya ha sucedido entre nosotros, que ella se prostituya y ande rodando de uno en otro burdel sin dejar de ser ella la mujer de fulano y sus hijos los hijos del matrimonio tal. Esto es inmoral. Esto es vergonzoso. Esto es inicuo. El divorcio salva estas iniquidades destruyendo todo vínculo entre los divorciados. Los peligros que puede haber en el divorcio no se evitan con el matrimonio indisoluble, en cambio con aquel se salvan las inmoralidades de éste. De dos males optemos pues por el menor... Acepto que ella se verá en serios apuros de índole pecuniaria, pero qué mujer — y al decir mujer quiero significar madre—no preferirá gustosa una vida modesta, a arrastrar un tren de lujo junto al monstruo que la martiriza? No hay nada más abominable que esos maridos que pagan los golpes con alhajas creyendo que el dinero lo justifica todo. La mujer es algo más que una muñeca de distracción... tiene corazón, más que nosotros: tiene sentimientos, superiores a los nuestros: piensa menos, por eso siente más... ama hasta el delirio, por eso odia hasta lo increíble. Y el odio se hereda. Cuidémonos en lo posible de crear escuelas de malas herencias, en nombre de la especie y en nombre de la moral. En este sentido el divorcio beneficia principalmente a la mujer. Y eso es lo que necesita la especie. "Los hombres proyectan el futuro; las mujeres lo hacen, dice Barrett. Amadlas y vuestros hijos encontrarán menos odio sobre la tierra". El divorcio es un arma entregada a la mujer para salvar su integridad moral, la nobleza de sus sentimientos. En efecto, son causas del divorcio: su sola voluntad — cuando los motivos son tales que conviene perezcan en el secreto, mutuo consentimiento, malos tratos, abandono voluntario del hogar, condena, locura crónica y otras enfermedades, ser autor o cómplice de la prostitución de sus hijos, la provocación a cometer adulterio y la embriaguez consuetudinaria de alguno de los cónyuges. Quién no recuerda la figura trágica de Osvaldo paseando como un espectro viviente los vicios que heredara de su padre?... "Para el hombre en las uniones mal avenidas — decía Louis Blanc en 1789 — el matrimonio es una imposición, para las mujeres una condena". Quitarles esa cadena es favorecerla, digo mal, es devolverle un derecho.

El divorcio no incita a la desunión. Esta se produce sin el divorcio. "Por otra parte, si por culpa del divorcio se fuera algún cónyuge del matrimonio, sería — dice Arena — un cónyuge prendido con alfileres, que se estaría cayendo de puro maduro... y un cónyuge en estas condiciones que está esperando la primera oportunidad para irse, es un cónyuge que no hay ningún interés en mantener en el matrimonio, porque no desempeña ninguna de las misiones que se le imponen, ni como padre, ni como esposo, ni como elemento social".

Se cree por lo común que el matrimonio es la ley, que desaparecida ésta arrastraría consigo a aquel. Esto es demasiado ingenuo. Es tomar por fundamental lo accidental. Esta falacia de observación es solo comparable al espejismo que sufriera aquel que "teniendo que construir una obra en la cima de una montaña, hubiese construído un inmenso andamiaje en su alrededor y después de terminada la obra, ha concluído por creer que el andamiaje no sólo sostiene la montaña, sino que ha sido necesario para formar la montaña". (Arena).

En efecto, he visto innumerables matrimonios libremente unidos de plácida existencia como el mejor de nuestros matrimonios legales. Existe entre éstos una obligación moral, superior a toda ley, que nadie tiene interés en violar ya que nadie les obliga a permanecer juntos. Nada de hipocresía, nada de inmoralidad. El amor substituye con ventaja a la ley.

Días pasados he tenido oportunidad de observar un caso verdaderamente elocuente. Se trata de un matrimono sin hijos libremente unido. El hombre tenía fundados motivos para sospechar de su compañera. ¿Se separaron? No. Hubo gritos, hubo llantos y hasta golpes... Hoy siguen juntos, ya no sospechan el uno del otro...

No es entonces la ley quien une a los esposos. Hay vínculos morales superiores a toda ley. Que las estadísticas demuestran que las desuniones aumentan con el divorcio? ¿Por qué alarmarnos? A mayor número de divorcios menor número de hipocresía y de inmoralidad, y por consiguiente menor grado de degeneración. Además, las estadísticas son cifras mudas que suelen dar lugar a lamentables equivocaciones. Anotemos ésta. Se dice: En el año tal hubo tantas desuniones por cada mil habitantes. Instituído el divorcio, el porcentaje aumentó a *tanto* por igual cantidad de habitantes. Se olvida en este caso que cada divorciado puede volver a casarse. No se toma en cuenta, además, factores de índole diversa que pueden influir, como influyen, para aumentar los divorcios. Y como el divorcio es un fenómeno social, y como tal consecuencia de fenómenos complejos, de ahí que las estadísticas — y sobre este hecho principalmente — sólo alarmen a los observadores superficiales.

Pero, ¿favorece el divorcio a los hijos? Desde luego, suprime a los débiles, a los raquíticos, a los física y moralmente degenerdos; esto desde el punto de vista biológico; y moralmente, bastaríame decir que suprime a la calidad de hijos ilegítimos. Esto sólo sería más que suficiente para dar por terminada toda discusión. Pero hay más, mucho más. Salva la moralidad del futuro, evitando que los niños presencien en el hogar escenas desagradables. Evita el abandono de los hijos, que es caso común a los matrimonios forzados; los cónyuges, a pesar del amor que pueden profesarles, descuidan a los hijos con el propósito de martirizarse recíprocamente. En las separaciones corporales, los hijos que están con la madre odian al padre, y a ésta los que están con aquél. La madre, al besar a su hijo, dice instintivamente: No, mi dicha; tú no serás criminal como tu padre; tú no harás madres desgraciadas. Y el padre: No, mi bien; tu no serás malvada como tu madre; tú no destruirás la dicha de ningún hombre. Eso no sucederá en los matrimonios voluntariamente disueltos: ambos cónyuyes vivirán juntos mientras sea posible, y se separarán cuando no, sin luchas, amistosamente casi, convencidos de que ambos fueron culpables. "Cuántas viudas he conocido, dice Naquet, que se han vuelto a casar, cuyos hijos han ganado en aquellas segundas nupcias. Y cuántas mujeres, divorciadas también, me han venido a darme gracias por haber contribuído, mediante la parte que he tomado en la votación de la ley de 1884, a proporcionarles el medio de criar dignamente los suyos, medio que no habrían tenido bajo la antigua legislación."

"Desde el punto de vista social de la vigilancia y de la educación de los hijos, una semi familia resultante de una acción nueva es, pues, con mucho, preferible a la ausencia total de familia."

Y el adulterio, ¿es una escuela moral para los hijos?...

Uno de los argumentos más empleados contra el divorcio, es: que éste introduce dentro de la familia al padrastro o a la madrastra. Pero, en este caso, ¿cómo permiten el casamiento de los esposos que enviudan? O es mala tal situación en ambos casos, o no lo es.

"Jamás nos evadiremos de este dilema, dice Naquet:

"O las segundas nupcias son perjudiciales a los hijos, y entonces, ¿por qué autorizar a ellas a los viudos?

"O las segundas nupcias les son beneficiosas, y entonces, ¿por qué se crearía una clase de parias a quienes se les prohibirían?"...

El error principal de los antidivorcistas estriba, a mi modo de ver, en que comparan la situación que el divorcio crea a los hijos con la de los hijos que viven dentro de matrimonios bien unidos, cuando, en realidad, debieran comparar la situación de aquéllos con la de los hijos de los malos matrimonios que no se separan porque la ley se lo impide. Si tal hicieran, pronto llegaríamos a un acuerdo...

Simón Scheimberg.

La muerta

(Cuento)

Con un ruido vago, en el fondo de la huesa descansó el ataúd. Era un agujero largo y muy profundo y la tapa negra del cajón se perdía en el color parduzco de la tierra fresca, recién abierta. Impasible, el enterrador tiró de la soga de lino, gris y sutil como una culebra. El aprendiz, mozo alto y jarifo, de pelo ensortijado, hendió la pala en la tierra húmeda, esperando. Y las personas que sufrieron en duelo la tristeza del último camino, agacharon a una la cabeza, amargamente. Hubo una pausa agobiadora, la muded extranguló en las grgantas el adiós postrero.

En el espacio azul, espolvoreado en oros por el sol mañanero, fúnebre y escueto se destacaba un ciprés; y el ciprés en la hora risueña, parecía un monje grave y taciturno que recibiese, con la plegaria ingenua de los pájaros que hacían en él lírica estancia, la gemidora visita del amor y el dolor fenecidos.

El padre, de barba y lacia cabellera nevadas, inclinó su cuerpo octogenario, hurgaron los dedos en la tierra y abrióse luego la mano sobre la fosa en gesto sembrador, como arrojando semillas de resignación; el padrino, el buen padrino de la rosca, el consejo y los huevos pascuales, cumplió con su puñado; los tres hermanos — prietos los dientes por el dolor temprano — pudieron echar su óbolo de piedad... y la hermana, con la cárdena faz mordida por la huella del mal fatídico, apuñóse el corazón y de bruces en la tierra empeñábase en rendir la ofrenda postrera dejando allí el polvo y el barro de su cuerpo. Lloraba desgarradoramente. De sus ojos, fuentes fecundas, fluía en lágrimas la amargura. Solícitos, fraternos en la pena, los hombres acudieron a mitigar el llanto desolador. Alzáronlo del suelo y caminaron con ella lentamente, buscando la puerta, el camino ancho y polvoroso, franja panda y monótona que cortaba el verde jugoso e igual de la extensa llanura. Inconsolable, magdalénica, en las estaciones de su angustia, la hermana trágica detenía sus pasos y miraba hacia atrás. Inmóvil entonces el grupo austero, brotaba de los corazones la palabra humilde, el consejo piadoso.

—Calme su pena, hija.

—El pañuelo en los ojos aquieta las ansias.

—No llore más la hermana.

Y ella, con gemido, ululante, quemada la voz por la tristeza infinita, estremecida úún por el espanto.

—No soy yo la enterrada, sino ella que murió por salvarme.

Salieron del camposanto. Delante, los mozos arrullaban con ternuras bravías el dolor de todos que lloraba por los ojos tristes de la sin consuelo. El padre, más encorvado bajo el nuevo sufrir, y el buen padrino, iban detrás. Tristes y amurriados los hombres, callaban, no acertando a mirarse. En sus pupilas, dilatadas y hondas en las sañudas ojeras, brillaba la desesperación con sequedad metálica. Terca en el lamento, como si encontrase agudo deleite en exacerbar su amargura, la mujer no cesó en su cantilena agorera.

—Puso reparos para mí la muerte y se la llevó a ella.

Así había sido.

Con el mes de Octubre de mañanas frescas alumbradas por un sol convaleciente, trasgo letífero e impalpable, apareció la epidemia. De viruela negra moría la gente. Fué primero un rapaz ictérico y encanijado, después una moza de años floridos, luego un galán y una vieja. Más tarde, carcomidos y desfigurados, mozos, viejas y niños. La guadaña invisible, bajo el aleteo tenaz de los cuervos, segaba las vidas como la hoz en el trigo. Y ella, Justina, la hermana mayor, tocada por el soplo siniestro se dobló vencida, tirándose en la cama dispuesta a morir.

Pasaron tres días con sus tres noches, terribles, alucinantes, y su cuerpo, envuelto en las llamas de una fiebre altísima, se movía sin cesar en el lecho, como sobre una plancha candente. Deliraba y su imaginación, extraviada en los páramos de la pesadilla, la conducía — arrastrada por gnomos petizos y barbudos — hasta una roca cubierta de huesos blanqueados por la intemperie, para dejarla allí abandonada a la voracidad de las aves carniceras, que se cernían en el aire, seguras de la carne muerta. Al amanecer del cuarto día, la exantema cubrió de manchas rojizas la piel de la cara, del cuello y las manos; y llegó luego el período papuloso que hizo repulsiva la tumefacción de la carne, y más tarde la desfiguración del rostro, lleno de vesículas cónicas y violáceas infladas por el líquido terrible. La enfermedad seguía su curso a través de las horas pobladas por la demencia de los gritos de la enferma, que resonaban en el silencio de la casa con ecos vagorosos y brujescos. Era débil la fiebre, pero el insomnio no desaparecía. Y una noche, Justina, soñando que las aves de rapiña al picotear los granos de su cara se disputaban el grano de luz, perdido en el fondo de sus pupilas, desgarró la inquietud de los corazones con un alarido agudo y penetrante. Con el día, lúcida en su miedo, presintiendo como inevitable la muerte, se acordó de Ramona, la hermana ausente... Y clamó por ella, único bien y consuelo.

—Ramona, hermana Ramona. — Era el grito doloroso, desesperado, furente.

La hermana vino, gentil y valerosa, plena de gracia artesana. Se puso al lado del lecho, sonriendo al dolor con tristeza heroica. Y la enferma de sólo verla reir y oirla cantar, sintió que sus pústulas se secaban. Bíblico milagro operó la confianza de sanar que filtraba en el corazón moribundo, la alegría y la juventud fraternas. Llegó la convalecencia, y Justina sanó prestamente a fuerza de distraer su mirada victoriosa de la sombría amenaza, en el vago sortilegio de los crepúsculos.

—Te salvó tu hermana. Quiérela mucho — dijo el padre, con una arruga más en la frente; y los hermanos, libres de la inquietud de la muerte que rondara la casa, tornaron a la tarea campesina, y abrieron, voluntariosos, el nuevo surco con sereno optimismo. Pero el mal esperaba tascando el rencor de su derrota. Reía la luz en el paisaje — campo ilimitado, cielo azul sobre el campo — y la ansiedad repitió en los espíritus sus aletazos de sombra...

Doblaba telas y ropas de su avío, la hermana salvadora, pronta a irse otra vez, y le faltó el aliento, el vómito le anudó la garganta y empezando a tem-

(Termina en la pág. 2)

OBRAS EN VENTA

EN LA ADMINISTRACION DE "IDEAS Y FIGURAS"

LA CRUZ (Drama en 3 actos) . . . . $ 1.00 m/n

SANGRE NUESTRA . . . . . » 2.00 »

ALBERTO GHIRALDO por Juan Mas y Pi » 0.50 »

MARIA CLARA (Novela por Margarita Audoux) . . . . . » 1.00 »

CRÓNICAS ARGENTINAS por Alberto Ghiraldo . . . . . » 1.00 »

ALMA GAUCHA (Drama en 3 actos y 6 cuadros) por Alberto Ghiraldo (2.ª edición) . . . . . » 0.50 »

LA COLUMNA DE FUEGO (Drama en 3 actos y 5 cuadros) por Alberto Ghiraldo . . . . . » 1.00 »

Acaba de aparecer: ***"MÚSICA PROHIBIDA"*** por Alberto Ghiraldo. Un volúmen de versos de 260 páginas. Precio del ejemplar . . . . . » 1.20 »

Envío libre de porte a cualquier punto de la República. Descuento a los libreros y Agentes de IDEAS Y FIGURAS. Pedidos a la administración de esta revista, calle TACUARÍ 900, Buenos Aires.

Administración de IDEAS Y FIGURAS: TACUARÍ 900.—Bs. Aires. Núm. suelto, 20 ctvs.

Est. Gráfico "Oceana", Perú 1085